

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

**Biblioteca "Nuestro Corazón"**

cuyos primeros números publicados:

**La que se hizo amar**

de **Marcelo Priollet**,

**NADA SE BORRA**

de **Max Dervieux**, y

**LA ESPOSA Y LA AMIGA**

de **José Baeza Valero**, obtuvieron un éxito enorme.

El cuarto volumen, que apareció el día 16 del corriente se titula

**EL HOMBRE QUE NO SERVÍA PARA NADA**

novela original e inédita de un pulcro escritor español que se esconde bajo el seudónimo de **Jorge Clary**.

**Biblioteca "Nuestro Corazón"**

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y su precio es el de **UNA PESETA**

J. HORTA, IMPRESOR

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 319

25 CTS.



EL CAPITAN  
PEDRO MARTEL

POR

MADGE BELLAMY

**FilmoTeca**  
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

EDICIONES BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12  
Administración | Teléfono, 4423 A

Año VI | BARCELONA | N.º 319

---

**El capitán Pedro Martel**

Bellísimo cine-drama  
interpretado por los célebres artistas  
**Madge Bellamy, Anna Q. Nilsson,  
John Harron, etc.**



Selección TIGRE DE ORO  
DEL

**Programa ARAJOL**

Aragón, 225, pral.-BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de  
LOUISE BROOKS



## EL CAPITAN PEDRO MARTEL

### Argumento de la película

Sobre las encrespadas olas del mar del Norte, navegaba la goleta María de los Angeles", en lucha titánica con el furioso temporal.

La tripulación hacía frente con admirable energía a la invasión brutal de las rugientes aguas, deseosa de librar de tan apurado trance el barco querido.

En el timón, el capitán Pedro Martel, que cien veces y en distintos mares supo vencer las asechanzas del bárbaro oleaje, sentía por vez primera en aquella ocasión el íntimo terror de las catástrofes previstas e irremediables.

Todo era inútil; pronto no podría, nadie, resistir más, y la goleta sería devorada por el embravecido elemento.

Sin embargo, el capitán, dispuesto a vencer o morir, seguía en su puesto, como cada marinero en el suyo, portándose todos como verdaderos héroes.

En vista del cariz que tomaba la situación, Marta, esposa del capitán Pedro Martel, y compañera suya en todos los viajes, apareció en el puente y acudió al lado de su marido, para secundarle en su árduo empeño de conducir el timón.

Los muchos viajes y las no escasas tempestades capeadas en alta mar, habían convertido a Marta en excelente ayudante del capitán.

El feliz matrimonio tenía un hijito, nacido y criado en el mar. Carlitos era su nombre, y su edad, cuatro años.

Vivaracho y juguétón, el pequeño, presintiendo, por el desenfrenado balanceo del barco, la tragedia que se avecinaba, subió a su vez a cubierta, y en el momento de reunirse con sus padres, oyóse una voz terrible que gritaba: —¡Estamos perdidos! ¡La goleta se hunde!

El capitán, al ir a dar órdenes a sus hombres, para realizar el postrer esfuerzo, fué derribado por una formidable sacudida, y al suceder eso, María, sin dejarse vencer por la emoción, se apoderó del timón, para no abandonarlo hasta que su marido — el capitán — se lo ordenase, cuando todo fuese inútil y se impusiera el salvamento en botes.

Otros gritos sucedieron al primero... Montañas de agua espumosa cubrieron la goleta, rompiendo sus bordas y destrozando cuanto

hallaban a su paso; y algunos hombres cayeron al agua, que se abrió como tumba voraz...

María vió a su hijo y se apoderó de él llena de angustia, al mismo tiempo que el capitán, incorporándose enérgicamente, gritaba el tético "sálvese quien pueda".

Un poco más tarde, en un bote, Marta, Carlitos y Pedro Martel, en compañía de un viejo marinero, se hallaban solos en la inmensidad azul, estrechándose febrilmente en la frágil embarcación, mudos por la tristeza que les causara ver hundirse para siempre la amada goleta...

Una esperanza les sostenía: el descubrimiento de un vapor que los recogiera para llevarlos a buen puerto.

Pero pasó la noche sin que la ansiada salvación se presentara...

A la mañana siguiente divisaron un bergantín. El capitán Pedro Martel se irguió en el bote y empezó a hacer señales desesperadas.

El bergantín en cuestión era un barco pirata. Domingo "El Malo" era el capitán de aquella nave y del puñado de bandidos que constituía su tripulación.

Domingo era un hombre sin corazón, que trataba a palos a su gente, de la que era respetado por temor, soportando todas sus injusticias. Algunas veces sus secuaces trataron de rebelarse, pero Domingo tenía un espía tan sangriento como él en un negro atlético, y

no era posible intentar el más discreto levantamiento.

Acostumbrados a sus brutalidades, los piratas que le acompañaban en sus malandanzas habían llegado a ser tan salvajes como él, y en muchas ocasiones, en lugar de rugir contra actos criminales del patrón a alguno de ellos, los celebraban con risotadas.

Aquella mañana, habiendo visto Domingo a uno de sus hombres bebiendo con fruición el licor contenido en una botella, dispuesto a vaciarla, le gritó, plantándose bruscamente ante él:

—¡Venga esa botella! ¡Pronto!

El hombre quería protestar, pero Domingo, arrancándosela de las manos, se la ofreció a su lugarteniente, el negro cruel, para que se refrescase el gáznate y arrojó a aquél al agua de un manotazo.

El negro tiró una cuerda al bañista, y éste, asiéndose fuertemente a ella, fué arrastrado, como castigo, largo trecho por el bergantín.

De pronto el vigía del barco pirata anunció:

—¡Un bote a la vista!

Domingo oteó el horizonte y dijo al divisar el bote del capitán Pedro Martel:

—Pueden ser náufragos que lleven en la barca algo aprovechable... Id a recogerlos...

Los piratas botaron una lancha y fueron en busca de los desamparados seres.

Poco después, éstos subían a bordo del bergantín, haciéndolo en último lugar Marta.

Domingo contemplaba, a cierta distancia, la aparición de los naufragos, buscando ávidamente algo que le resultase interesante ya que ni el capitán, ni el niño, ni el marinero que iba con ellos, le interesaban lo más mínimo.

Cuando "El Malo" vió aparecer a Marta, sus ojos se dilataron, expresando intensa admiración. ¡Qué linda era aquella mujer! ¡Menos mal! Si bien era cierto que no había dinero en el bote recogido, se encontraba en él una joya de carne, muy digna de lucirla él.

El capitán Pedro Martel había preguntado al llegar al costado del barco pirata y buscando algo inútilmente en su popa y en su proa:

—¿Quién es el capitán de esta nave sin nombre y cuál es su derrotero?

—Domingo se llama nuestro capitán. Sube y él te informará de lo que te importe saber — le contestó uno de los hombres que guiaban el bote que fué a recoger el suyo.

Esa contestación no dejó de causar mal efecto al capitán Pedro Martel y a su esposa; y apenas a bordo del bergantín, cuando se les señaló a Domingo "El Malo", vieron confirmados los temores que tuvieran en el bote, pues el aspecto de aquél era ciertamente repulsivo, y el del resto de la tripulación, otro tanto. ¡En mal lugar habían caído!

Instintivamente, Marta cogió a su hijo, y el capitán Pedro Martel, disimulando sus rece-

los, aproximóse a Domingo y le habló de esta suerte:

—Soy el capitán Pedro Martel de la goleta "María de los Angeles", que se ha hundido la noche pasada. Te ruego y espero que nos conduzcas al primer puerto en que hagas escala.

Domingo se encogió de hombros y, haciendo una mueca, repuso:

—Yo no hago escala en ningún puerto y aquí somos demasiada gente. Volved a vuestra barca y que el diablo os dé suerte.

Martel hizo ademán de arrojarle sobre el desalmado Domingo, pero reconoció, a tiempo, que tenía las de perder, pues ya no dudaba de que se encontraban en un barco de bandidos, y no le cupo más remedio que obedecer.

Iban todos a volver al bote, cuando Domingo les detuvo y les dijo:

—Para que en la barca estéis más anchos, me quedo con esa mujer que os acompaña.

Martel crispó los puños, dispuesto a defender con la vida a Marta, mientras ésta se estrechaba, llena de espanto, contra su marido, pegado a su falda el hijito.

—¿Será preciso que lo repita? Los hombres, a la barca; la mujer, aquí, conmigo y para mí. Domingo "El Malo" no admite réplica en sus mandatos.

Acabar de decir eso Domingo y apoderarse de Marta, fué todo uno.

Entonces, lo que ocurrió fué espantoso: los dos hombres — los dos capitanes, el bueno y

el malo — lucharon a muerte, el uno por defender la honra de su mujer, el otro, por quitársela.

El capitán Pedro Martel hubiese, sin duda, vencido, si Domingo hubiese luchado noblemente; pero, como sabemos, éste tenía un cómplice terrible en el negro de a bordo... y el desgraciado capitán y esposo se vió, de pronto, sin que él pudiera sospechar la traición, preso en el dogal de un poderoso brazo del salvaje, que estaba oculto detrás de un ventano.

Puesto Martel, por el negro, a merced de Domingo, éste se ensañó ferozmente en él, y el infeliz capitán, sin poderlo evitar, vió y sintió, experimentando un dolor mortal, como le desgarraban la vista con afiladas uñas.

Martel dió un grito horrible, y a éste sucedieron los de Marta, que se moría de desesperación, y los de Carlitos, que, a pesar de su corta edad, comprendía que habían hecho mucho daño a su padre.

El viejo marinero que se salvara con ellos, estaba aterrado, llamando al cielo, indignado porque permitía tales monstruosidades.

Pero Domingo, insensible a todo, ordenó que apresaran bien a Marta y la encerraran en la cocina, y que bajasen a Martel, Carlitos y el viejo marinero, al bote en que llegaron, abandonándoles a su suerte en alta mar.

Marta, enloqueciendo de amargura y espanto, gritaba con todas sus fuerzas el nombre de su esposo y el de su hijo, haciendo esfuer-

zos inauditos para romper las cadenas que formaban los brazos de sus verdugos.

Pero todo fué inútil. Al fin pudieron ence-



*... preso en el dogal de un poderoso brazo...*

rrarla, y Domingo, después de alejar el bote del costado del bergantín, se dirigió tranquilamente, acuciado por la lujuria, hacia la cocina, donde le estaba esperando tan rico mau-

jar como Marta, que era, en verdad, muy bella.

Con toda clase de precauciones, Domingo abrió la puerta... y a juzgar por la sorpresa que se dibujó en sus miradas, algo inesperado había ocurrido allí...

En efecto... ¡Marta se había dado muerte con un cuchillo, para salvarse del oprobio!

—¡Muerta! — exclamó Domingo, con una sombra de arrepentimiento.

Mas en el acto se recobró y, encogiéndose de hombros, como tenía por costumbre para demostrar su indiferencia hacia algo, se alejó de la cocina, para reunirse con su lugarteniente y ordenar que el cadáver de Marta fuese arrojado al agua sin contemplaciones.

El mandato fué cumplido, y el barco pirata siguió cortando la plata líquida de las aguas...

\*\*  
\*\*

Pasaron años.

En una humilde aldea de pescadores, vivía el capitán Martel, bajo el amparo de su hijo Carlos, torrero del faro que guiaba el rumbo de los navegantes por aquellas peligrosas costas.

A pesar del tiempo transcurrido, los ojos del capitán, cegados en la lucha sobre el bergantín

pirata, seguían buscando en su propia sombra la faz odiada de Domingo "El Malo".

En uno de los pabellones contiguos al ocupado por su hijo y por él, había dado acogida el capitán Martel a las huérfanas de dos marineros que perecieron en el naufragio de la goleta "María de los Angeles".

María y Rosa eran los nombres respectivos de las dos mujeres, y su edad, unos 22 años la primera y 18 la segunda.

María, huérfana del que fué segundo de la goleta perdida, no era ciertamente bella, pero Dios quiso compensar en ella la falta de atractivos físicos poniendo en su pecho un corazón de fuego.

María, aquella mañana, se hallaba apostada detrás de la ventana del pabellón, como si esperase la llegada de alguien. Ese alguien apareció sin tardanza. Era Carlos Martel, el hijo del capitán Pedro. Al verle apearse del coche en que él solía recorrer el pueblo costero, María dió un suspiro. ¡Estaba enamorada, completamente enamorada de él!

Rápidamente, María sentóse junto a la mesa, y se puso a coser una prenda, que trataba con gran cariño... por ser de Carlos.

Este entró en el pabellón de las huérfanas, sonriente, contento, feliz, y dijo a María:

—Vengo por vosotras. Ya sabéis que esta noche se celebra en Buenavista la fiesta organizada en mi honor por el salvamento de los naufragos del pasado temporal. ¿No terminó aún Rosa su tocado?

—No lo sé... Supongo que no puede tardar...

—Y tú, ¿por qué no te preparaste para acompañarnos?

—Me quedo en casa. Quiero terminar esta noche tu uniforme.

Carlos se fijó en lo que estaba haciendo María y vió que era su nuevo uniforme. La miró con gratitud, que ella hubiese querido fuese amor, y le dijo:

—En verdad, María, nunca podré pagarte tus desvelos por mí.

El corazón de María amenazaba saltársele del pecho. ¿Cómo no comprendía Carlos el amor que ella sentía hacia él? ¡Si pudiera atreverse a decirselo!

En aquel momento de lucha en el corazón de María, apareció Rosa, procedente de su habitación, situada en el piso superior. Desde lo alto de la escalerilla saludó a Carlos.

Rosa era... eso: una rosa. Sus diez y ocho años eran un encanto. Su carita, de diablillo con faldas, había seducido a Carlos, que la quería con delirio, correspondiéndole ella con creces.

Rosa lucía un vestido muy mono, confeccionado por ella misma con coquetería suma. La tela era barata, pero como la lucía un tesoro de mujer, parecía riquísima.

—¿Por qué no te decides a acompañarnos, María? — preguntó Rosa a su amiga y casi hermana, dando el brazo a Carlos.

María, disimulando la tristeza que le cau-

saba ver a los dos jóvenes tan cariñosos el uno para el otro, contestó:

—Prefiero terminar esto. Divertíos y sed muy felices.

Los dos novios, pues lo eran, aunque en secreto, es decir, sin habérselo dicho siquiera ellos mismos, salieron, y cuando María quedó sola, el dolor de ésta se manifestó en lágrimas silenciosas y amargas.

María colocóse otra vez detrás de la ventana del pabellón y miró al exterior, para contemplar como se alejaban Rosa y Carlos, su bienamado Carlos.

Mejor hubiera sido para ella no observarles, pues de no haberlo hecho, no hubiese visto como se besaban en los labios al subir al coche, después de clavarse Carlos, en salva sea la parte, un alfiler que Rosa, siempre dispuesta a jugar, había colocado en el asiento del mozo...

Y mientras María se entregaba a su pena, sola, cosiendo el flamante uniforme de Carlos, éste y su novia llegaban al lugar donde se celebraba la fiesta en su honor.

De pronto el tiempo bonancible que asistió a la agonía del sol cambió en las primeras horas de la noche. El cielo se encapotó y brillaron los primeros relámpagos precursores de la tempestad.

No obstante, la fiesta en Buenavista continuaba tan animada como comenzó.

La modesta sala se hallaba espléndidamente iluminada y concurridísima. Todo lo me-



jorcito de la localidad se hallaba reunido allí, y los viejos se sentían jóvenes al compás de las alegres danzas.

El capitán Pedro Martel se hallaba también allí, gozando con la alegría de los demás y orgulloso de que la reunión se celebrara para festejar el heroísmo de su hijo, que lo mimaba, junto con Rosa, como a un niño.

Dos viejos marinos, optimistas, jóvenes eternamente, cantaban a pleno pulmón, como si la vida fuese para ellos una interminable senda de rosas.

En tanto, en el silencio y en la soledad de su estancia, mientras las horas pasaban lentamente y surgía, al fin, el furioso temporal, María, escuchando la voz secreta de su corazón, evocaba los recuerdos de su infancia transcurrida al lado del que entonces era ideal imposible de todas sus aspiraciones.

La pobre huérfana sentía como nunca, en la soledad de aquella noche, la tristeza de su falta de hermosura. ¡Si ella pudiese vencer a la Naturaleza ingrata!

Se miró al espejo, después de terminar el uniforme de Carlos, y murmuró con desaliento:

—¡Imposible! Ella es más linda que yo.

Si. Había que reconocerlo: jamás podría María competir con su dichosa rival.

Pero, en su afán de embellecerse, María recurrió a los adornos, y apoderándose de un vestido de Rosa, se lo puso y se colocó en el pelo unas flores.

Indudablemente estaba así más atrayente,

pero aquello era ficticio y Carlos no llegaría nunca a fijarse en ella.

En Buenavista, ajenos todos a las amarguras de los demás, seguía la fiesta cada vez con mayor animación.

Una solterona, a la que no sacaban a bailar más que los viejos, haciéndola víctima de sus torpezas, se acercó al capitán Pedro Martel y le sopló al oído esta noticia:

—Escuche, capitán, un secreto. Soy depositaria de la medalla conmemorativa del acto heroico realizado por su hijo, a quien se la entregaré tan pronto como luzca su nuevo uniforme.

El viejo marino acarició la insignia que su amado hijo ostentaría ufano sobre el pecho, y sonrió, orgulloso y complacido.

Carlos, que en aquel momento, bailando amorosamente con Rosa, se hallaba cerca de su padre, oyó la conversación de la solterona con él, y aprovechando la ocasión de separarle de su novia un compañero, para bailar con ella, dirigióse al encuentro de la solterona, dispuestos a arrancarle el secreto confiado al ciego.

Para obligarla a cantar, Carlos sacó a bailar a la solterona, tratándola con toda clase de consideraciones, que la llenaron de alegría, tanto, que, deseosa de serle agradable, soltó el secreto:

—Aunque he prometido no decir nada, quiero que vea la medalla que le entregaremos tan pronto como tenga su nuevo uniforme.

Carlos contempló con gran satisfacción la

insignia, y como ya había conseguido de la solterona lo que se proponía, no titubeó en separarse de ella, dejándola libre para que cargase con ella cualquiera.



... bailando amorosamente con Rosa...

Y halagado por los elogios de que era objeto, Carlos tuvo una idea: ir al pabellón de las huérfanas y volver a la fiesta luciendo el

flamante uniforme que, seguramente, habría ya terminado María.

Y Carlos abandonó furtivamente la animada fiesta.

\*\*

María se miraba sin cesar al espejo, tratando de llegar a reconocerse por lo menos un poco interesante para suponer que Carlos pudiera, algún día, fijarse en ella.

¡Estéril empeño! El espejo, insensible a su tormento, le decía que nunca conseguiría atraerlo con su escasa belleza.

De súbito llamaron a la puerta. Era Carlos, que llegaba calado, pues la lluvia, fuera, era torrencial.

—¿Quién es? — preguntó, temblándole la voz, María.

—¡Soy yo! ¡Carlos!

Un suspiro levantó el pecho de la huérfana sin amor.

María abrió la puerta, tal como se había compuesto, y Carlos, al entrar en el pabellón, sacudiéndose el agua de sus ropas, la miró sorprendido al verla tan distinta a antes, y, gratamente impresionado, exclamó:

—¡Cómo has cambiado! Con esos adornos estás verdaderamente bella, María.

La infeliz iba a sollozar, pero se contuvo, y

llameándole los ojos, se acercó a Carlos, y fijando sus miradas dentro de las suyas, gimió:

—¡Carlos! Tú no debías venir aquí esta noche.

Sin comprender, Carlos contestó:

—¿Por qué, María? ¿Acaso te molesto?

—No, Carlos. No debías venir esta noche, porque en estos momentos me siento impotente para el disimulo y, sin querer yo misma, se escapará de mi corazón el secreto que en él vive escondido y que tú no supiste leer en mis ojos.

—No adivino, María...

—¿No adivinas? ¿No comprendes? Tampoco yo comprendo cómo durante muchos años he podido soportar, no mi humillación, sino la de este pobre cariño mío a cada momento escarnecido y a cada instante menospreciado.

La revelación fué tan asombrosa como inesperada, y desconcertado, Carlos replicó, afligido al ver sufrir a María, a la que tanto bien debía:

—Juro, María, que tu amor no fué escarnecido ni menospreciado puesto que no fué adivinado... ¡Si yo lo hubiese previsto...!

—Sí, ya sé: tú no podías fijarte en mí, porque Rosa estaba por medio. Ya lo sé que no valgo nada para ti. ¡He sido una necia esperando que me quisieras! ¡Los hombres sois crueles!

—Yo te aseguro, María...

—No hables... No mientas... Venías por tu uniforme, por el que cosí con ternura de ma-

dre y amor de esposa, para lucirlo ante mi dichosa rival. Tómallo. Que sirvan de satisfacción a ella las galas que yo tejí para ti.

María gesticulaba epilépticamente. Sus celos eran tan grandes, que la ofuscaban. En aquellos instantes hubiera sido capaz de cualquier desatino si Rosa se le hubiese presentado inopinadamente.

Carlos, cogido de sorpresa, no sabía qué resolución tomar. Por una parte reconocía que su corazón se inclinaba hacia Rosa, fragante y adorable, físicamente hablando, y por otra parte la bondad de María hacia él le llevaba a la conclusión de corresponder a su noble sentimiento.

Y así fué como, tras un momento de ruda batalla interior, dijo Carlos, sin saber en verdad lo que decía:

—Guarda el uniforme, María. Lo estrenaré el día de mi boda contigo. Crueldad sería desgarrar un corazón como el tuyo. No vuelvo a la fiesta. Me quedo a tu lado.

Un grito de triunfo escapó del pecho de la huérfana que al fin, al parecer, encontraba amor; y al refugiarse María en los brazos del amado, éste, cayendo en la tentación, al ofrecérsese enteramente la infeliz, la besó con frenesí en los labios.

Pero se recobró al momento, y lo que parecía irremediable, desapareció al serenarse... Sin embargo, su palabra de casamiento estaba empeñada...

Entretanto, sobre el furioso oleaje del

mar encespado, un bergantín capeaba el temporal; y, súbitamente, se oyó un ruido espantoso y gritos de socorro desgarradores: ¡habían explotado las calderas!

Se pidió socorro, y la noticia del incendio cundió en el pueblecito, donde se organizó activamente la expedición de salvamento de náufragos.

Todos los hombres que gozaban de las delicias de la fiesta en Buenavista, acudieron a la playa, los unos para lanzarse en ayuda de sus semejantes en peligro en las barcasas-bombas, los otros para esperar, con las mujeres, el regreso de aquéllas, a fin de prestar auxilio a los náufragos que hubieran podido ser recogidos.

El capitán Pedro Martel confiaba que su hijo Carlos habría acudido a cumplir su deber, pero Carlos estaba lejos de aquella tragedia, atento tan sólo a la que se desarrollaba en su alma, que se debatía en la incertidumbre.

Cuando las embarcaciones de salvamento regresaron, el capitán Pedro Martel preguntó a uno de los hombres:

—¿Está mi hijo aquí?

—Lo festejaban por valiente, pero lo que es en esta ocasión...

—¿Qué quieres decir?

—No está aquí ni apareció durante toda la operación de salvamento. Se conoce que el agua y el fuego le dieron miedo.

Intranquilo, no comprendiendo por qué razón su hijo había abandonado la fiesta y no se encontraba con el equipo de salvamento, el ca-

pitán recorrió la estancia donde habían sido colocados provisionalmente los náufragos, a uno de los cuales socorría solícita, Rosa, la gentil muchacha.

El náufrago, al abrir los ojos, dijo a la doncella:

—Veo que no soy un náufrago muy desgraciado puesto que me cuida tan bella enfermera.

Rosa sonrió ante el piropo, pero no lo hubiera hecho si hubiese sabido que aquel hombre era Domingo "El Malo", el causante de la ceguera del capitán Pedro Martel, que viajaba en el bergantín incendiado, con otro pirata, de recreo.

—¿Cómo se encuentra usted? — preguntó ella.

—Perfectamente bien. El mar no consigue nunca abatir a hombres de mi temple.

El capitán Pedro Martel se acercó hacia el lugar de donde partía aquella voz y murmuró:

—¡Esa voz...! Yo la he escuchado antes de ahora, en alguna parte... ¡Si ese hombre tuviese una cicatriz en el cuello...!

Domingo se incorporó y gritó a su compinche, que andaba cerca:

—Dame mi chaqueta, tú.

Reconociéndola sobre un cadáver, Domingo la tomó sin escrúpulo, pero Rosa, indignada, se la volvió a quitar, para que el difunto no estuviera descubierto.

—Dame eso, mujer, que es mío, y tápalo con otra cosa.

El capitán Martel se afirmaba más y más en sus sospechas; y cuando consiguió alcanzar a Domingo, que le miraba no sin recelo, le dijo:

—¿Se llama usted Domingo? ¿Tiene una cicatriz en el cuello?

Domingo, sin reconocer a su víctima de años atrás, repuso, cambiando de personalidad, porque no le convenía dar allí su nombre:

—Me llamo Jorge Werwere y no tengo en el cuello ninguna señal. Y usted ¿quién es?

—Yo soy el capitán Pedro Martel.

Domingo se apartó instintivamente del ciego, recordando la escena que se desarrollara en el bergantín pirata cuando lo recogió con su familia y un marinero al naufragar la goleta "María de los Angeles".

El capitán Martel continuó:

—Me pareció que su voz me era conocida. ¿Quiere que mis manos suplan la luz que falta a mis ojos?

Rápidamente, con todo disimulo, Domingo colocó en su lugar a su compinche, y así, al ponerle el capitán Martel la mano en el cuello al otro, pudo engañarle, puesto que éste no tenía ninguna cicatriz en el cuello.

Entonces, confuso, el viejo ciego murmuró:

—Perdone. Me he equivocado...

—Pues yo me alegro, capitán. Parece que no es santo de su devoción ese Domingo con quien me confundía — dijo Domingo.

El ciego calló y alejóse lentamente, pensando en que no había de morir sin vengarse de

aquel maldito pirata que le robó su adorada esposa y la luz de sus ojos.

Rosa le siguió, pero Domingo, saludándola galantemente, la detuvo un instante y le dijo:

—Espero, señorita, que nos volveremos a ver.

\*\*

El capitán Martel encontró en su casa a Carlos.

—¿Tú aquí, hijo mío? ¿Es posible que consientas que el pueblo te tache de cobarde? — le dijo, severo.

—No, padre, no lo soy...

—¿Por qué tiembla tu voz al hablarme? Necesito saber, Carlos, lo que ha sucedido.

—Yo, padre...

—Responde. No me ocultes la verdad, sea cual fuere.

Y Carlos contó a su padre todo lo sucedido, es decir, que había dado a María su palabra de casamiento en vista del gran amor de ella y de la gratitud que él le debía desde niño.

En el pabellón inmediato, Rosa, extrañada de encontrar levantada a María, la sometía a estrecho interrogatorio:

—¿Cómo no te has acostado todavía, siendo tan tarde, María?

—La tempestad... Estaba muy nerviosa y no he podido dormir.

—Algo extraño ha sucedido aquí esta noche, María. Carlos no acudió como era su deber en socorro de los naufragos.

Agresiva, gozándose en humillar, a su vez, a Rosa, María repuso, irónica:

—Puede, Rosa, que sea verdad que haya sucedido esta noche algo extraordinario en esta casa... Puede...

—¿Qué quieres decir, María?

—¡Quiero decir, escúchalo bien, que Carlos descubrió esta noche que su único y verdadero amor soy yo, no tú!

—¡Mientes, María! ¡Di que mientes! ¡Carlos me quiere! ¿Lo oyes? ¡Carlos no quiere a nadie más que a mí!

—Te lo imaginabas, Rosa...

—¡Mientes! ¡Mientes!

En aquel momento apareció el capitán Martel seguido de Carlos, y dijo el ciego, con voz grave, ante las dos muchachas:

—Carlos acaba de rogarme que le autorice para casarse con María, y yo le he dado mi consentimiento porque creo que debo hacerlo.

Y Rosa creyó morir de pena...

\*\*

Domingo "El Malo" seguía en el pueblo, detenido en él por el instinto de hacer daño.

Esta vez era Rosa la víctima elegida. Le gustaba la muchacha y quería seducirla.

Carlos, arrepentido de haber dado palabra de



—¿Qué quieres decir, María?

casamiento a María, a la que no podría querer nunca como esposa, sino como hermana, buscaba olvido en ambientes bajos, roído por los celos que le daba Rosa dejándose acompa-

ñar por Domingo, que se mostraba muy obsesivo con ella.

Una noche, Carlos la pasó en el *cabaret* de la localidad, sumiendo a su padre en la mayor intranquilidad, pues era la primera vez que eso ocurría.

Domingo "El Malo", aprovechando la soledad del capitán Martel, y decidido a llevar a cabo su propósito criminal de deshacerse de quien podía descubrir su pasado y estorbar la realización de sus infames proyectos respecto a Rosa, se presentó en el pabellón, y le dijo al pobre viejo:

—Ya sé que Carlos no vino la noche pasada. Me ha enviado para que le ruegue a usted que vaya a buscarlo. Yo le acompañaré.

El capitán no sospechó la celada y salió con Domingo, temiendo que a Carlos le hubiese sucedido algo malo.

En tanto, Carlos se dirigía hacia el pabellón de las huérfanas, para hablar con María.

Cerca de la casa, María le salió al paso, y le dijo, espantada:

—Desde el faro he visto a tu padre avanzar hacia el precipicio de la roca del Aguila hasta donde le llevó Werwere. ¡Corre en su auxilio!

Ahogando un grito, Carlo fustigó al caballo de su coche, al que también subió María, y partió veloz en salvación de su padre.

El capitán Martel había sido abandonado por Domingo junto a un despeñadero de con-

siderable profundidad, para que avanzando hacia él hallase la más horrible de las muertes.

El caballo de Carlos volaba... y quiso el Buen Dios que el hijo amante llegase justo a tiempo de arrancar a su padre de la tragedia.

Al recobrase de la emoción, el ciego, iluminado bruscamente, opinó:

—Si ese Werwere es el hombre que sospecho, Rosa corre grave peligro. Volvamos pronto a su lado.

No se equivocaba el capitán Martel: Domingo, al dejarle en la roca del Aguila, se había dirigido al pabellón de las huérfanas, donde se encontraba sola Rosa.

La doncella, al verle, retrocedió, asustada por sus miradas salvajes.

—Ven... Acércate... Ahora estamos solos y he de decirte que me gustas... que te quiero...

—¡Váyase!... ¡Socorro!

—No grites. Nadie acudirá en tu auxilio. Es inútil toda resistencia. Me juré que serías mía, y esta es la ocasión.

—¡Miserable!

De un zarpazo la fiera destrozó el vestido de la muchacha, cuyos gritos se perdían en la estancia, confundándose con las carcajadas del salvaje.

La lucha entre el gavián y la paloma iba a ser feroz, pues cara iba a vender su honra la infeliz.

Pero, fatalmente, Rosa iba a sucumbir, cuando, por un verdadero milagro, llegaron al pabellón el capitán Martel, Carlos y María.

Domingo se delató a sí mismo, y al intentar el capitán arrojarlo sobre él para ahogarlo entre sus manos, el pirata rugió, sediento de sangre:



*...la fiera destrozó el vestido de la muchacha...*

—Puesto que ya sabes que soy Domingo “El Malo”, tampoco debes ignorar que no existe nada ni nadie que se resista a mi capricho.

Empuñando un revólver, Domingo pretendía mantener a raya al capitán y a su hijo, pero al hacer el primero un movimiento, lo disparó, yendo a alojarse la bala en el pecho de María, que cubrió con su cuerpo el del ciego.

Entonces Carlos luchó desesperadamente con Domingo, pero fué vencido.

Quedaban en pie el malvado y el ciego, que no podía consentir que triunfara el mal.

Las dos huérfanas, reconciliadas en aquellos terribles momentos, contemplaban más horrorizadas todavía a los dos hombres, y su espanto no tuvo límite al ver como el ciego y Domingo, luchando cuerpo a cuerpo, desaparecían hacia el piso superior.

¿Qué ocurriría allá arriba?

Sin duda, el ciego sería asesinado sin piedad.

Carlos, logrando reaccionar al ver a su padre en peligro, armóse de un madero y subió al piso superior... pero ya su presencia era inútil...

¡El mal no había vencido! ¡El ciego acababa de dar muerte a Domingo “El Malo”!

Pero, desgraciadamente, no podían cantar victoria, porque María, la huérfana sin amor, se moría. La herida había sido mortal.

Los dos hombres acudieron a su lado, y sólo tuvo tiempo la infeliz de juntar las manos de Carlos y Rosa, antes de morir, murmurando:

—Soy feliz, capitán, porque libré su vida con la mía... Dios me castiga... Muero cuando me disponía a gozar de una felicidad que no me pertenecía... Rosa buena, Rosa hermana,



vuelve a ocupar en el corazón de Carlos el lugar que yo quise arrebatarte y que él me



... y su espanto no tuvo límite al ver como el ciego y Domingo...

otorgó por piedad, no por amor... Sed felices... muy felices...

Y como la espuma del mar al deshacerse sobre las rocas, brilló como nunca la belleza de

aquella vida que se extinguía, toda impetuosidad, pero, también, toda amor.



*La herida había sido mortal.*

Y como Rosa no había cesado de amar a Carlos, no fueron necesarias muchas palabras para reanudar su dulce idilio que los llevaría con pasos agigantados hacia el altar.

FIN

---

Exclusiva de venta para España:  
**Sociedad General Española de Librería, Diarios,  
 Revistas y Publicaciones, S. A.**  
 BARCELONA: Bárbara, 16 - MADRID: Ferraz, 21 - IRÚN: Ferrocarril, 20

**Próximo número:**  
**SU PRIMER EXITO**

por VERA REYNOLDS y EDMUND BURNS

Postal-fotografía regalo: LAWRENCE GRAY

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA** sale todos los  
miércoles: : : : :

Precio: 25 cts. ¡Siempre las mejores películas!

**UN ÉXITO ENORME**

ha obtenido la gran novela

**LOS VENCEDORES DEL FUEGO**

por Charles Ray y May Mac Avoy

**PRONTO:**

**LA MARIPOSA DE ORO**, por Lily Damita

**BEN HUR**, por Ramón Novarro

EDICIONES ESPECIALES

de **LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

**MAÑANA**

**LOS CHICOS DE LA ESCUELA**

en *Los Grandes Films* de

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

PASADO  
MAÑANA  
VIERNES

**NUMERO ALMANAQUE**

de **LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

**PARA 1928**